



Jacobo Gómez Lara ((1935-1999): Breve Semblanza de un Maestro, un Amigo y un Personaje Inolvidable

Jorge A. Cervantes Jáuregui. Departamento de química, División de Ciencias Naturales y Exactas, campus Guanajuato, Universidad de Guanajuato. Guanajuato, Gto., 36050. jauregi@ugto.mx

A 20 años de la desaparición física de Jacobo Gómez Lara, se dedican estas notas a su memoria.

Según relata el profesor Efraín Gómez Durán, entonces director de la Facultad de Química y quién a su vez era el Presidente Nacional del Consejo para la Enseñanza de la Química, en el año de 1972, se convocó a una reunión nacional de los miembros del Consejo, para auscultar la realidad de la enseñanza de la química en México.

Se establecieron ordenes prioritarios y de urgencia para preparar profesores en las áreas de más carencia de conocimientos actualizados, en acuerdo con las exigencias de la época. De ahí surgió la necesidad de priorizar en primer lugar, la enseñanza de la química inorgánica. Se establecieron sedes para efectuar cursos de actualización de profesores siendo Guanajuato seleccionada. Cita el Profesor Gómez Durán que a ese primer curso asistieron 34 alumnos de diversas partes de la República y que los profesores que lo impartieron fueron los mejores químicos inorgánicos del país, entre ellos los Dres. Jacobo Gómez Lara, Antonio Campero y Francisco Esparza. Este fue posiblemente el primer contacto de Jacobo con Guanajuato, mismo que continuó prácticamente hasta su muerte acaecida el 3 de octubre de 1999 en la ciudad de México. A partir de ese primer curso, Jacobo se encargaría de fungir posteriormente como responsable del programa de maestría en química inorgánica y que a la vez se constituyó en el primer posgrado que se fundó en la Universidad de Guanajuato en el año de 1973 y que como consecuencia dio el estatus de la primera Facultad de la Universidad de Guanajuato a la entonces Escuela de Ciencias Químicas.

Jacobo Gómez Lara nació en la Ciudad de México el 15 de julio de 1935, teniendo orígenes familiares, según me contó en ocasiones, en el estado de Jalisco, si mal no recuerdo en la zona de Etzatlán. Estudió la carrera de Ingeniero Químico pero una vez que la concluyó, y luego de alguna experiencia industrial, decidió realizar estudios de doctorado en la Universidad Carolina de Praga, retornando al país al concluirlos e ingresando en 1962 al Instituto de Química, sitio en el que tradicionalmente se realizaba exclusivamente investigación en química orgánica. Con Gómez Lara se da inicio a lo que bien cita el Dr. Raymundo Cea, como la primera escuela moderna de química inorgánica en México. La empresa que tomó Jacobo fue muy grande, pues no solo implicó el inicio de labores de investigación en el área, sino también formar profesores, formar estudiantes, divulgar la ciencia, y una vez que los químicos inorgánicos empezamos a crecer en el país, tender a agruparlos primero en un grupo de amigos, y luego en una Academia de carácter nacional, la denominada Academia Mexicana de Química Inorgánica, de la que fue primer Presidente y en la década de los años 90's lo fue una vez más.

El peregrinar por el país fue entonces largo, bien se puede llamar apostolado por la química, que sin duda le permitió contar con el conocimiento y aprecio de muchos grupos de químicos del país. Esta actividad Jacobo la desempeño durante toda su vida, y también la extendió a



diversos países de sud-América aportando propuestas referentes a metodologías para la enseñanza de la química y desde luego en la divulgación científica misma que realizó lo puedo decir, si no hasta el último, si hasta el penúltimo día de su vida. Jacobo falleció un domingo. El día anterior, sábado 2 de octubre había estado en la ciudad de Tlaxcala impartiendo una charla y de hecho el día que un colega y yo asistimos a su sepelio, le vimos anunciado en el programa de pláticas del túnel de la ciencia en el metro La Raza para el siguiente sábado 9 de octubre. Estaba pues en lo suyo.

Evidentemente que el posgrado en Guanajuato le representó un vínculo permanente, mismo que extendió a otros colegas del Instituto de Química y a otros del extranjero. Era muy frecuente que a través de lo que el mismo Jacobo denominó “El correo del Zar”, dado el vínculo tan estrecho entre el Instituto de Química y la entonces Facultad de Química, el que se enviaran mensajes de manera fluida pues siempre había alumnos o profesores que transitaban entre uno u otro lugar, o bien los profesores extranjeros que visitaban el Instituto de Química, eran muchas veces traídos o enviados por Jacobo para que compartieran con alumnos y profesores los temas de su especialidad. Así se inició el paso de químicos de gran relevancia nacional y mundial por la Facultad. Si bien en los últimos años sus visitas fueron un poco esporádicas, éstas en buena medida significaron que la labor de consolidación de este posgrado a pesar de muchos contratiempos y vicisitudes finalmente iba por buen rumbo, lo que le causaba alegría. Desde que se iniciaron sus actividades relacionadas con Guanajuato, las puertas de su laboratorio siempre estuvieron abiertas para una estancia, un consejo, un reactivo, un servicio, etc... sin más protocolo que su buena voluntad y disposición.

En una semblanza que alguna vez presentó el Dr. Raymundo Cea decía: si bien Jacobo siempre se declaró un socialista y anticlerical consumado, fue un hombre de bien. Yo agregaría que sus valores y su forma de vida jamás desvirtuaron el hecho de sus creencias o no religiosas

Le conocí en el año de 1978, siendo estudiante de maestría. Jacobo retornó de un año sabático en Inglaterra. El respeto que imponía con su sapiencia y permanente barba que iba tornando a blanca, lo rompía con su generosidad, honestidad y solidaridad y un sentido del humor especial. “...bueno jóvenes ustedes porque no tienen que hacer”, solía decir para romper una charla y continuar alguna actividad pendiente. Recuerdo un sábado muy temprano que Jacobo venía llegando de México con el fin de estar presente en un examen de maestría de un alumno panameño por él asesorado. Yo pasaba por el jardín de la Unión y nos saludamos con la cordialidad de siempre. Me disponía a salir de excursión a algún cerro cercano con un grupo de amigos, Irónicamente me dijo, “...te perderás el examen, pero seguro te saludo en la pachanga...”. Efectivamente así fue. Pero antes de eso, al examen de las diez de la mañana, solamente se encontraban dos de los tres sinodales. La espera del sinodal faltante se hizo larga, y el Dr. Henry Stephens, secretario del jurado, mencionó, bueno, necesitamos un suplente que tenga al menos grado de maestría. Que busquen en su casa al “chueco” Cervantes (así me dice el Doctor Henry). Le contesta Jacobo, “...pues si manito, haber en que cerro de Guanajuato lo localizas, o si te quieres esperar hasta que sea la hora de la fiesta para que lo veas, tú dices...”. Fue más fácil ir a despertar al entonces director de la Facultad, el Maestro David Guerra que luego de una noche de viernes de juego de dominó que acostumbraba con varios colegas de la Facultad, no tuvo más que acudir como relevo.



A mediados de los 80's, realizó una estancia larga en la Facultad, siendo nuevamente coordinador del posgrado, actividad que aceptó con agrado realizar, muchos años después de haber participado en la fundación del posgrado y fue posible consolidar entre otras cosas, el programa de seminarios que hoy lleva su nombre. Durante esa estancia, se le presentó un problema de salud que con prontitud se atendió, pero que finalmente le condujo a la necesidad de ser intervenido quirúrgicamente del corazón, operación a corazón abierto de que se recuperó y con los consecuentes problemas y controles recomendados con respecto a su salud, reinició sus actividades con gran ahínco, pensando que tal vez el problema ocurrido le acortaría el tiempo en muchos de sus propósitos. Para esos años había recibido el Premio Nacional de Química Andrés Manuel del Río, entre muchos otros reconocimientos. Había sido designado miembro distinguido de la Academia Latinoamericana de Química, Profesor Emérito de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel III.

Esta etapa de su vida en Guanajuato nos permitió conocer a Jacobo en otras facetas e intereses. Su interés por la ecología le llevó junto con varios amigos y colegas, a fundar el Consejo Ecologista Guanajuatense, que tuvo como sede inicial de reuniones la librería la "Diáspora", ubicada en San Fernando muy cerca de su casa, asociación civil de la fue su primer presidente y gran impulsador. Luego con un grupo de amigos de Dolores Hidalgo, participaría también en la Fundación del Mezquite. Y ese sitio en que vivió en el corazón de Guanajuato, y en donde muchas veces convivimos con El, ahí encontró la amistad de una familia Guanajuatense muy peculiar, amable y generosa: la Familia Ceceña. La casa de esta familia, curiosamente o no, Carlos Fuentes en su novela "Las Buenas Conciencias", historia que busca reflejar en la crisis de adolescencia de un joven, en la novela hijo de la familia Ceballos, la contradicción profunda de un cierto estilo de vida de la conciencia cristiana y una cierta adecuación de las relaciones humanas.

La casa es descrita así: "...Esta es la gran casa de cantera, habitada hasta el día de hoy por la familia. La historia de Guanajuato ha patinado sus muros de piedra rosa. Las vidas de los Ceballos, sus alcobas y corredores. La gran casa de cantera situada entre la bajada del Jardín Morelos y el Callejón de San Roque, frente al templo del mismo nombre y a unos metros de la hermosa plazuela a la que dan fama, año con año, las representaciones, en un escenario casi natural de faroles, árboles, rejas, muros ocre y cruces de piedra, de los entremeses de Cervantes. Es lenta la vida en la casa, y hay algo ruinoso, más que en las viejas paredes, más que en las vigas húmedas, en el aire que durante la noche descansa y acumula el polvo de los pliegues de las cortinas. Esta es la casa de los cortinajes: de terciopelo verde detrás de los balcones principales, de brocado antiguo entre las salas, otra vez de terciopelo, rojo manchado, en las habitaciones matrimoniales, de algodón en las demás. Cuando el viento de la montaña gime, estos brazos de tela se levantan y azotan y hacen caer por tierra las mesitas y los adornos cercanos. Se diría que alas espesas abrazan las paredes y se aprestan a levantar la casa en vuelo. Mas el viento se aquieta y el polvo busca otra vez los rincones..."

La reflexión a que nos conduce el personaje de Jacobo Gómez Lara es el reconocer en él un ejemplo permanente para las generaciones presentes y futuros del universitario comprometido cabalmente con sus responsabilidades en la enseñanza, la investigación, la difusión científica y cultural, y de alguien que también dio ejemplo de solidaridad, tolerancia, honestidad y generosidad.